

## Sesquicentenario del nacimiento de Antonio Machado (1875-1939)

### CAMINAR SOÑANDO CON LOS OJOS ABIERTOS

... no hay más lengua viva que la lengua en que se vive y piensa...

El que no habla a un hombre no habla al hombre; el que no habla  
al hombre no habla a nadie.

¿Adónde el camino irá?

Antonio Machado

Para celebrar el sesquicentenario del nacimiento del escritor Antonio Cipriano José María Francisco de Santa Ana y de la Santísima Trinidad Machado Ruiz (1875-1939), ese sevillano que creía en la palabra buena, en la libertad, en la esperanza y «en el Dios que se lleva y que se hace»<sup>1</sup>; ese hombre que trabajaba con el corazón, siempre pensativo, poeta y «triste y pobre filósofo trasnochado»<sup>2</sup>, sin paz interior, al que sus amigos llamaban «Machado el Bueno»<sup>3</sup>, hemos tratado de enlazar su obra en prosa y su epistolario con sus poemas, es decir, de corroborar la poética que aquellos encierran a través de los temas fundamentales a que alude en estos (el agua, el camino, el mar, la muerte, la soledad, el sueño, la tarde, el tiempo, etc.); y, además, de definirlo mediante sus pensamientos, ya que hallamos toda su historia en sus versos.

---

<sup>1</sup> Antonio MACHADO, *Elogios*, Poesías, 7.ª edición, Buenos Aires, Losada, 1968, p. 182. En el poema «V. Profesión de fe» (*CXXXVII. Parábolas*, Poesías, ed. cit., p. 173), dice: «Yo he de hacerte, mi Dios, cual tú me hiciste / y para darte el alma que me diste / en mí te he de crear». En el poema «VI»: «El Dios que todos llevamos, / el Dios que todos hacemos, / el Dios que todos buscamos / y que nunca encontraremos. / Tres dioses o tres personas / del solo Dios verdadero» (*Ibidem*, p. 173).

<sup>2</sup> Antonio MACHADO, «XCV», *Varia*, Poesías, ed. cit., p. 83. En una carta a Juan Ramón Jiménez (Primeros de 1913), el poeta sevillano escribe: «Ahora me dedico a leer obras de Metafísica. Esta ha sido siempre mi pasión y mi vocación aunque por desdicha mía no he logrado salir del limbo de la sensualidad» (*Prosas completas* II, Madrid, Espasa-Calpe, Fundación Antonio Machado, 1989, p. 1522). Llamaba a los filósofos «poetas del pensamiento». Sus preferidos fueron Platón, Leibnitz, Kant y Bergson. De Henri Bergson hereda el concepto de que «la vida es el ser en el tiempo, y solo lo que vive es» («Proyecto de un discurso de ingreso en la Academia de la Lengua», *Prosas completas* II, ed. cit., p. 1783).

<sup>3</sup> En su poema «Retrato», Antonio Machado dice: «soy, en el buen sentido de la palabra, bueno» («XCVII», *Campos de Castilla* [1907-1917], Poesías, ed. cit., p. 86).

Nace en Sevilla la madrugada del 26 de julio de 1875, en el célebre palacio de las Dueñas<sup>4</sup>, situado en la calle del mismo nombre. «Mis recuerdos de la ciudad natal —dice— son todos infantiles, porque a los ocho años pasé a Madrid, adonde mis padres se trasladaron, y me eduqué en la Institución Libre de Enseñanza. A sus maestros guardo vivo afecto y profunda gratitud. Mi adolescencia y mi juventud son madrileñas. He viajado algo por Francia<sup>5</sup> y por España. En 1907 obtuve cátedra de lengua francesa, que profesé durante cinco años en Soria: “Yo tenía un recuerdo muy bello de Andalucía, donde pasé feliz mis años de infancia. Los hermanos Quintero estrenaron entonces en Madrid *El genio alegre*, y alguien me dijo: ‘Vaya usted a verla. En esa comedia está toda Andalucía’. Y fui a verla, y pensé: ‘Si es esto de verdad Andalucía, prefiero Soria’. Y a Soria me fui”<sup>6</sup>. Allí me casé; allí murió mi esposa, cuyo recuerdo me acompaña siempre. Me trasladé a Baeza, donde hoy resido. Mis aficiones son pasear y leer». Aquí se interrumpe esta breve nota autobiográfica de Antonio Machado redactada en 1917<sup>7</sup>, al frente de sus *Poesías escogidas*. La muerte de Leonor Izquierdo Cuevas en 1912 constituye el fondo más sólido de su espíritu<sup>8</sup>; lo deja tan devastado que pierde su lugar en el mundo, y su obra queda trunca. Solicita su traslado a Madrid, pero la vacante está en Baeza, en cuya Universidad enseña durante siete años Gramática Francesa<sup>9</sup>. No obstante, viaja con frecuencia a Madrid para estudiar la carrera de Filosofía y Letras. En 1917, conoce a Federico García Lorca. Confiesa que lee a Gonzalo de Berceo<sup>10</sup>, al poeta granadino y a Jorge Manrique. En 1918, obtiene el título de licenciado en Filosofía y Letras, y, aunque aspira a un doctorado, no lo logra. En 1919, deja Baeza rumbo a Segovia, donde obtiene una cátedra en el Instituto General y Técnico, en el que también se desempeña como vicedirector hasta 1932. En 1927, es elegido miembro de la Real

---

<sup>4</sup> Escribe Machado: «La arquitectura interna de la casa en que nací, sus patios y azoteas han dejado honda huella en mi espíritu» («Carta a Juan Ramón Jiménez, Primeros de 1913», *Prosas completas* II, ed. cit., p. 1521).

<sup>5</sup> Escribe el académico Víctor García de la Concha: «Se fue con su hermano Manuel a trabajar a París en una editorial en el momento en que allí triunfaba el simbolismo poético, y ambos conectaron con la vanguardia artística. De regreso a Madrid, en los primeros años del siglo XX, se encuentra con Rubén y, con él y con Juan Ramón Jiménez, emprende la batalla del Modernismo literario del que es buena muestra su primer libro poético, *Soledades...*» («Antonio Machado [1875-1939]. *Campos de Castilla*», *Grandes páginas de la literatura española*, Barcelona, Espasa, 2023, p. 301).

<sup>6</sup> Ángel GONZÁLEZ, *Antonio Machado*, Madrid, Ediciones Júcar, 1986, p. 27.

<sup>7</sup> «Vida», *Prosas completas* II, ed. cit., p. 1592.

<sup>8</sup> Véase la «Carta a don Pedro Chico y Rello», *Prosas completas* II, ed. cit., p. 1607.

<sup>9</sup> Escribe Machado: «No tengo vocación de maestro y mucho menos de catedrático. Procuro, no obstante, cumplir con mi deber» («Biografía», *Prosas completas* II, ed. cit., p. 1524).

<sup>10</sup> Escribe Machado: «El primero es Gonzalo de Berceo llamado, / Gonzalo de Berceo, poeta y peregrino, / que yendo en romería acaeció en un prado / y a quien los sabios pintan copiando un pergamino» («CL», *Elogios*, *Poesías*, ed. cit., p. 189).

Academia Española, pero no llega a leer su discurso de ingreso. En una carta a Miguel de Unamuno, quien llamaba al poeta «mi Antonio Machado»<sup>11</sup>, le cuenta la noticia con cierta ironía: «Es un honor al cual no aspiré nunca; casi me atreveré a decir que aspiré a no tenerlo nunca. Pero Dios da pañuelo a quien no tiene narices...»<sup>12</sup>. En Segovia, conoce en 1928 a Pilar de Valderrama, la «Guiomar» de sus versos, su «diosa», la mujer que «ha esperado toda una vida»<sup>13</sup> y a la que le ruega que no lo olvide nunca<sup>14</sup>, y entabla con ella una relación de amor entrañable durante ocho años: «Tu poeta vive por ti y para ti»<sup>15</sup>. A ella le confiesa que viste tan mal —«mi torpe aliño indumentario»<sup>16</sup>— porque gasta todo su dinero en libros, no en ropa<sup>17</sup>.

La proclamación de la Segunda República en 1931 le permite dictar clases de francés en Madrid. Ya desde la década de los veinte, Machado escribe teatro en colaboración con su hermano Manuel. Siente verdadera pasión por este género —hasta fue actor en la compañía de Fernando Díaz de Mendoza—, pues considera que «es acción —íntima y externa— la vida humana como espectáculo»<sup>18</sup>. Se estrenan en Madrid las siguientes obras: *Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel* (1926), *Juan de Mañara* (1927), *Las adelfas* (1928), *La Lola se va a los puertos* (1929), *La prima Fernanda* (1931) y *La duquesa de Benamejí* (1932). En 1932, organiza el Teatro popular. Escribe más prosa que poesía y crea a los pensadores, poetas y maestros apócrifos Juan de Mairena y Abel Martín; luego habrá un tercero, Pedro de Zúñiga<sup>19</sup>. En 1936, en vísperas de la Guerra

---

<sup>11</sup> Véase Manuel GARCÍA BLANCO, *En torno a Unamuno*, Madrid, Taurus, 1965, p. 222.

<sup>12</sup> Ángel González, *op. cit.*, p. 44. Machado escribe: «No creo poseer las dotes específicas del académico. No soy humanista, ni filólogo, ni erudito. Ando muy flojo de latín, [...]. Estudié el griego con amor, por ansia de leer a Platón, pero tardíamente y, tal vez por ello, con escaso aprovechamiento. Pobres son mis letras en suma, pues, aunque he leído mucho, mi memoria es débil y he retenido muy poco. Si algo estudié con ahínco fue más de filosofía que de amena literatura. Y confesaros he que, con excepción de algunos poetas, las bellas letras nunca me apasionaron. Quiero deciros más: soy poco sensible a los primores de forma, a la pulcritud y pulidez del lenguaje, y a todo cuanto en literatura no se recomienda por su contenido» («Proyecto de un discurso de ingreso en la Academia de la Lengua», *Prosas completas* II, ed. cit., pp. 1778-1779).

<sup>13</sup> «Cartas a Guiomar [I]», *Prosas completas* II, ed. cit., p. 1669.

<sup>14</sup> Escribe Machado: «Fuera de estos momentitos en que nos vemos, el resto de mi vida no vale nada, ¡nada!, diosa mía» («Carta a Guiomar [XIV]», *ibidem*, p. 1710).

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 1671. En la «Carta II», Machado escribe: «El corazón de tu loco, más loco que nunca, quisiera volar hacia ti como un gerifalte, como un azor al puño de su dueña» (*Ibidem*, p. 1674). Las cartas de amor del poeta a Guiomar, «mutiladas y trocadas», fueron publicadas «por Concha Espina en su libro *De Antonio Machado a su grande y secreto amor*, aparecido en 1950 y nunca reeditado» (José Luis CANO, «Guiomar y Antonio Machado», *La Nación*, Buenos Aires, 16 de diciembre de 1979).

<sup>16</sup> «XCVII. Retrato», *Campos de Castilla*, Poesías, ed. cit., p. 86.

<sup>17</sup> Léase la carta «[V]» a Guiomar, *Prosas completas* II, ed. cit., p. 1686.

<sup>18</sup> «Carta a Guiomar [XXXV]», *ibidem*, p. 1753.

<sup>19</sup> En una carta a D. E. Giménez Caballero, Machado habla sobre sus heterónimos: «Entre manos tengo mi tercer poeta apócrifo: Pedro de Zúñiga, poeta actual nacido en 1900. Acaso encuentre en la ideología de este poeta motivos de simpatía. Abel Martín y Juan de Mairena son dos poetas del siglo XIX que no

Civil española, publica *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo*. Mairena es su yo filosófico. El estallido de la Guerra impide la difusión del libro que durante años permanece desconocido<sup>20</sup>. Muere en Colliure (Francia), víctima de una neumonía, aunque sus biógrafos dicen que «de pena», el 22 de febrero de 1939. Su último verso reúne la triste soledad de sus días finales con el recuerdo de la infancia: «Estos días azules y este sol de la infancia...»<sup>21</sup>; algunos días después de su muerte, su hermano José lo encontró escrito en un trozo de papel arrugado dentro del bolsillo de un abrigo que Antonio había dejado en la pensión de Colliure.

Entre sus obras poéticas<sup>22</sup>, se destacan las siguientes: *Soledades* (1899-1903)<sup>23</sup>, refundida en 1907, en *Soledades, Galerías y otros poemas*; *Campos de Castilla* (1912)<sup>24</sup>, su obra más noventayochista<sup>25</sup>; la primera edición de sus *Poesías completas* (1917); *Nuevas canciones* (1924)<sup>26</sup> y *Poesías de guerra*. En la edición de *Poesías completas*, de 1933, aparecen las primeras *Canciones a Guiomar*<sup>27</sup>.

El más importante de sus maestros de la Institución Libre de Enseñanza<sup>28</sup> es el ensayista, filósofo y pedagogo español Francisco Giner de los Ríos, defensor del

---

existieron, pero que debieron existir, y hubieran existido si la lírica española hubiera vivido su tiempo» («Pedro de Zúñiga, poeta apócrifo», *Prosas completas* II, ed. cit., p. 1759).

<sup>20</sup> Véase Ricardo GULLÓN y Raimundo LIDA, *Elogio de Mairena* (1948), Madrid, Taurus, 1973, pp. 365-369.

<sup>21</sup> Para Machado, «mientras podemos recordar —recordarnos—, vivimos, y la vida tiene un valor: el de nuestras imágenes» («Carta a Guiomar [X]», *Prosas completas* II, ed. cit., p. 1700).

<sup>22</sup> Machado escribe: «Siento una gran aversión a todo lo que escribo, después de escrito y mi mayor tortura es corregir mis composiciones en pruebas de imprenta. Esto explica que todos mis libros estén plagados de erratas» («Biografía», *Prosas completas* II, ed. cit., p. 1524).

<sup>23</sup> En una carta a Federico de Onís (Madrid, 19 de agosto de 1932), Machado dice que *Soledades* fue publicada en 1902, con fecha de 1903. «Casi todas las poesías que contiene son anteriores a 1900 y algunas se publicaron en revistas. Las más antiguas calculo que fueron escritas en 1898, sin que pueda precisar la fecha» (*Prosas completas* II, ed. cit., p. 1799).

<sup>24</sup> La dedicatoria del primer ejemplar es para su esposa Leonor Izquierdo Cuevas: «A mi Leonorcica del alma, Antonio» (Véase Víctor GARCÍA DE LA CONCHA, *op. cit.*, p. 302).

<sup>25</sup> El poeta destaca en la obra las tierras castellanas y la grandeza de los hombres que las habitan con imágenes que revelan su sentimiento.

<sup>26</sup> Machado define así sus *Nuevas canciones*: «... simple miscelánea de lírica dispersa por diarios y revistas, en la cual no creo haber añadido mucho esencial a mi obra» («Carta a José Tudela, Madrid, 23 de julio de 1924», *Prosas completas* II, ed. cit., p. 1645).

<sup>27</sup> Las *Canciones a Guiomar* «se publicaron por vez primera en la Revista de Occidente, en setiembre de 1929...» (José Luis CANO, art. cit.). Antonio Machado esperaba que la crítica señalara lo que sus obras tenían, es decir, que destacaran los aspectos esenciales que las definía: «Yo quisiera que mi trabajo sirviera para llamar la atención de los pocos capaces de comprender que son los únicos que importan» («Carta a Guiomar [VIII], Madrid», *Prosas completas* II, ed. cit., p. 1696).

<sup>28</sup> Escribe Oreste Macrí: «A través de los años, esta resultó entera y radicalmente decisiva en la educación de Antonio, plasmando el seco y sencillo heroísmo de su carácter, su espíritu laico y liberal, su evangelismo puro y el franciscanismo como metáforas de absoluta pureza y honradez, su europeísmo de cultura, la sutil inquietud del hombre moderno escéptico e iconoclasta por demasiado pudor y, en fin, el celo de la verdad y autenticidad de sus creencias fundamentales en los valores humanos y divinos» («Introducción», *Poesías completas* I, Madrid, Espasa-Calpe, Fundación Antonio Machado, 1988, p. 15).

krausismo<sup>29</sup>, quien les decía a sus alumnos: «La vida, hijos míos, no es buena ni mala. La vida es seria». Su admiración por él lo lleva a escribir una bellísima elegía en la que interpreta el testamento espiritual de Giner: «Sed buenos y no más, sed lo que he sido / entre vosotros: alma. / Vivid, la vida sigue, / los muertos mueren y las sombras pasan; / lleva quien deja y vive el que ha vivido. / ¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!»<sup>30</sup>. Y en una carta a su venerado Miguel de Unamuno (mayo de 1904), «un hombre de verdad entre las muchas máscaras»<sup>31</sup> que en su tiempo se agitan, «un espoliador de espíritus»<sup>32</sup>, escribe: «Yo veo la poesía como un yunque de constante actividad espiritual, no como un taller de fórmulas dogmáticas revestidas de imágenes más o menos brillantes»<sup>33</sup>.

Según afirman algunos de sus estudiosos, de su paso por el Instituto y la Universidad, Machado no conserva más huella que una gran aversión a todo lo académico.

Al referirse al poeta, dice muy bien Jorge Urrutia que cierto simbolismo<sup>34</sup>, quizá, no lo abandonó nunca, pero desde este «va a ir Machado a unas preocupaciones coincidentes con las sentidas por el 98: la conversión del paisaje —y concretamente el de Castilla— en una realidad social, la inquietud por los temas de la patria, el antirromanticismo que rechaza la exhibición ostentosa del yo»<sup>35</sup>. Por eso, en algunos versos, conserva la ilusión romántica. Además, se advierte su voluntad de alejarse paulatinamente del Modernismo, del fresco perfume de los rosales; de «los llantos de las fuentes, / las hojas amarillas y

---

<sup>29</sup> Sistema filosófico ideado por el alemán Friedrich Krause a principios del siglo XIX, que tuvo larga influencia en España e inspiró la Institución Libre de Enseñanza. «La metafísica krausista es inseparable de una filosofía para la vida, a la que podemos calificar de progresiva, ya que el hombre «imagen vida de Dios» es capaz de «progresiva perfección». El esencial imperativo del hombre en la existencia es perfeccionar la totalidad de sus atributos, tanto del cuerpo como del alma, para intentar acercarse a la síntesis entre la naturaleza y el espíritu. El ser humano, en el tiempo finito que le toca vivir, debe perfeccionarse a sí mismo gracias, entre otras cosas, a la educación y al cultivo de la ciencia» (Yvan LISSORGUES, «Filosofía idealista y krausismo. Positivismo y debate sobre la ciencia» [en línea]. <[https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/filosofia-idealista-y-krausismo-positivismo-y-debate-sobre-la-ciencia/html/01faafb6-82b2-11df-acc7-002185ce6064\\_2.html](https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/filosofia-idealista-y-krausismo-positivismo-y-debate-sobre-la-ciencia/html/01faafb6-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html)> [Consulta: 30 de abril de 2025]).

<sup>30</sup> «CXXXIX. A don Francisco Giner de los Ríos», *Elogios*, Poesías, ed. cit., p. 176. En una página que le dedica a su inolvidable maestro, escribe: «Tenía el alma fundadora de Teresa de Ávila y de Íñigo de Loyola; pero él se adueñaba de los espíritus por la libertad y por el amor» («Don Francisco Giner de los Ríos», *Prosas completas* II, ed. cit., p. 1576).

<sup>31</sup> «Carta a Guiomar [XXII]», *ibidem*, p. 1732.

<sup>32</sup> *Ibidem*.

<sup>33</sup> *Prosas completas* II, *ibidem*, p. 1473.

<sup>34</sup> Escribe Machado: «Recibí alguna influencia de los simbolistas franceses, pero ya hace tiempo que reacciono contra ella» («Biografía», *Prosas completas* II, ed. cit., p. 1524).

<sup>35</sup> Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. *La superación del Modernismo*, Madrid, Cincel, 1980, p. 9. Dice Machado: «—La llevada y traída y calumniada generación del 98, en la cual se me incluye —siguió hablando el poeta, un poco abstraído, sereno y alegre: con esa alegría tan seria de Machado y del español—, ha amado a España como nadie, nos *duele* España —como dijo, y dijo bien, ese donquijotesco don Miguel de Unamuno— como a nadie ha podido dolerle jamás patria alguna» (Pascual PLA Y BELTRÁN, «Mi entrevista con Antonio Machado», *Prosas completas* II, ed. cit., p. 2209).

los mustios pétalos»<sup>36</sup>; de los «parques» cenicientos, solitarios, viejos, en sombra y en silencio; de las «tardes» pardas que declinan envueltas en viento, y de los «romanticismos muertos»<sup>37</sup>. Por eso, confiesa que, a pesar de ser admirador de Rubén Darío<sup>38</sup> y de llamarlo el «maestro querido», pretende seguir otros caminos: «Pensaba yo que el elemento poético no era la palabra por su valor fónico, ni el color, ni la línea, ni un complejo de sensaciones, sino una honda palpitación del espíritu»<sup>39</sup>, un alma con voz propia, un mirar hacia dentro en contacto con el mundo. Sin duda, con Juan Ramón Jiménez, «abre las puertas a la nueva poesía del siglo XX»<sup>40</sup>.

Hallamos en *Juan de Mairena*<sup>41</sup> una oración que, desde nuestro punto de vista, constituye la raíz de toda la escritura de Antonio Machado: «El amor a la verdad es el más noble de todos los amores»<sup>42</sup>, ya que la verdad es la esperanza, pero aclara también que hay que creer en la verdad de lo que se piensa y de lo que se siente, y «el más hondo y veraz sentimiento del hombre es su inquietud ante la infinita imprevisibilidad del mañana»<sup>43</sup>. Quiere, pues, trabajar humildemente con verdad<sup>44</sup>, alejado de la vanidad humana.

La misma «inquietud» que lo aqueja, esa falta de reposo interior, mezcla de soledad, nostalgia, agria melancolía, dolor por la temprana muerte de su esposa<sup>45</sup>, va labrando verso a verso, huella a huella, su camino, ese que pesa en el corazón, a veces sin camino, y su condición de caminante solitario y triste; va creando un símbolo que atraviesa toda su obra poética, el del viaje hacia sus adentros —«viajero de áspero camino»<sup>46</sup> con el

---

<sup>36</sup> Antonio MACHADO, «LXVIII», *Galerías*, Poesías, ed. cit., p. 70.

<sup>37</sup> «LXXI», *ibidem*, p. 71.

<sup>38</sup> Machado conoce a Rubén Darío en París, en 1902.

<sup>39</sup> Antonio MACHADO, «Soledades», *Poesías*, ed. cit., p. 9.

<sup>40</sup> *Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. La superación del Modernismo*, ed. cit., p. 9.

<sup>41</sup> El título completo es *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo*. Se publicó en 1936. Alude a un profesor apócrifo de Gimnasia y de Retórica nacido en Sevilla, en 1865, y fallecido en Tapia de Casariego, en 1909.

<sup>42</sup> Tomo I, 4.<sup>a</sup> edición, Buenos Aires, Losada, 1968, p. 27.

<sup>43</sup> *Juan de Mairena*, Tomo II, 4.<sup>a</sup> edición, Buenos Aires, Losada, 1968, p. 167.

<sup>44</sup> Véase la «Carta a Juan Ramón Jiménez, 1912», *Prosas completas*, II, ed. cit., p. 1519. En esta misma carta, le confesó al poeta moguerño que, cuando perdió a su mujer, pensó en pegarse un tiro.

<sup>45</sup> Su esposa murió en 1912. En una carta que dirige a Miguel de Unamuno, al que reconoce como su maestro (Baeza, después de mayo de 1913), escribe: «La muerte de mi mujer dejó mi espíritu desgarrado. Mi mujer era una criatura angelical segada por la muerte cruelmente. Yo tenía adoración por ella; pero sobre el amor está la piedad. Yo hubiera preferido mil veces morirme a verla morir, hubiera dado mil vidas por la suya. No creo que haya nada extraordinario en este sentimiento mío. Algo inmortal hay en nosotros que quisiera morir con lo que muere. [...] En fin, hoy vive en mí más que nunca y algunas veces creo firmemente que la he de recobrar. Paciencia y humildad» (*Ibidem*, p. 1537).

<sup>46</sup> «A don Ramón del Valle-Inclán», *CLXIV, Glosando a Ronsard y Otras Rimas*, Poesías, ed. cit., p. 236.

alma destartada—, ahogado por una amargura que no cesa<sup>47</sup> y que exagera la monotonía del reloj, el tiempo —«¡el tiempo, el tiempo y yo!»<sup>48</sup>— que, según él, «lame y roe y pule y mancha y muerde»<sup>49</sup>: «Caminante, son tus huellas / el camino, y nada más; / caminante, no hay camino, / se hace camino al andar»<sup>50</sup>; «yo contemplo la tarde silenciosa, / a solas con mi sombra y con mi pena»<sup>51</sup>; «voy caminando solo, / triste, cansado, pensativo y viejo»<sup>52</sup>; «yo vivo en paz con los hombres / y en guerra con mis entrañas»<sup>53</sup>. La sombra, palabra que repite en sus versos y que tiene el color de sus caminos, es su sombra, el yo de su sombra —el «tú» que es su yo— que pasea con él y envejece meditando con él. Más que contemplarse y contemplar, Machado se vive a sí mismo con el dolor de los que sufren: «Yo iba haciendo mi camino, [...]. / Yo caminaba cansado, / sintiendo la vieja angustia que hace el corazón pesado»<sup>54</sup>. Como a los hombres del 98, a Machado le duele España, sufre por los hombres de su España.

En él, esa verdad de la que hablamos simboliza la humildad, la sencillez, la honestidad, la modestia, la fidelidad a su tierra, la autenticidad en cada uno de sus actos y confirma que es el fundamento para construir su propia vida sin superlativos, libre de máscaras y de hipocresía. Por eso, dice que «por mucho que un hombre valga, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre»<sup>55</sup>. Y, cuando enfatiza «ser hombre», concepto que rige también toda su obra, se refiere a la integridad moral del individuo, a la coincidencia entre lo que se es, lo que se siente y lo que se habla, a desentrañar su realidad espiritual mediante

---

<sup>47</sup> Escribe Rafael Alberti: «Sí, era dejado y triste este noble poeta. Pero su dejadez, su abandono exterior, le venían del alma: alma desnuda, espíritu olvidado de su cuerpo, a quien lo conformaba con el atuendo más humilde. Su tristeza no era la literaria [...]. Era tristeza fuerte de varón, de hombre sufrido, socavado en lo hondo de las raíces. Tristeza de árbol alto y escueto, con voz de aire pasado por la sombra. Y con la naturalidad, con la llaneza propia de lo verdadero, de lo que no ha brotado en la tierra para el engaño, hizo sonar sus hojas melancólicas en sus poemas» («Imagen primera y sucesiva de Antonio Machado», *Imagen primera de...*, Barcelona, Seix Barral, 1999, p. 48).

<sup>48</sup> «Recuerdo infantil», *Juan de Mairena*, Tomo I, ed. cit., p. 34.

<sup>49</sup> «CXLIX. A Narciso Alonso Cortés, poeta de Castilla», *Elogios*, Poesías, ed. cit., p. 188. En su «Poética», escribe: «El poeta profesa, más o menos conscientemente, una metafísica existencialista, en la cual el tiempo alcanza un valor absoluto. Inquietud, angustia, temores, resignación, esperanza, impaciencia que el poeta canta son signos del tiempo y, al par, revelaciones del ser en la conciencia humana» (*Prosas completas* II, ed. cit., p. 1803).

<sup>50</sup> «XXIX», *Campos de Castilla (1907-1917)*, Poesías, ed. cit., p. 165.

<sup>51</sup> «CXVIII. Caminos», *ibidem*, p. 136.

<sup>52</sup> «CXXI», *ibidem*, p. 137.

<sup>53</sup> «XXIII», *ibidem*, p. 164. Miguel de Unamuno escribe: «Y lo que más le une a cada uno consigo mismo, lo que hace la unidad íntima de nuestra vida, son nuestras discordias íntimas, las contradicciones interiores de nuestras discordias» («Introducción» a *La agonía del cristianismo*, Obras completas, Tomo IV, Ensayos, Madrid, Afrodísio Aguado, 1950, p. 830).

<sup>54</sup> «XIII», *Soledades (1899-1907)*, Poesías, ed. cit., p. 29.

<sup>55</sup> *Juan de Mairena*, Tomo I, ed. cit., p. 30.

un diálogo tácito pero sincero con «la angustia del tiempo» y de su tiempo, y con los lectores:

Escribir para el pueblo —decía mi maestro— ¡qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos, claro está de lo que él sabe. Escribir para el pueblo es escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas inagotables que no acabamos nunca de conocer. Escribir para el pueblo es llamarse Cervantes, en España; Shakespeare, en Inglaterra; Tolstoi, en Rusia. Es el milagro de los genios de la palabra. Por eso yo no he pasado de folklorista, aprendiz, a mi modo, de saber popular. Siempre que advirtáis un tono seguro en mis palabras, pensad que os estoy enseñando algo que creo haber aprendido del pueblo<sup>56</sup>.

Para Machado, humilde «aprendiz de saber popular», la poesía es «palabra en el tiempo», la conversación íntima y original del hombre de ayer —«un ayer que es todavía»<sup>57</sup>— con el tiempo que transcurre inexorable y con su tiempo interior: «Hora de mi corazón: / la hora de una esperanza / y una desesperación»<sup>58</sup>. En la etimología de la palabra *tiempo* está la clave: significa ‘duración’, pero también ‘momento oportuno’ para caminar sin tiempo hacia el ayer, ya que no desea olvidar al niño feliz que fue. Así lo confirma el soneto que dedica a su padre: «Esta luz de Sevilla... Es el palacio / donde nací, con su rumor de fuente...»<sup>59</sup>. Por eso, Ramón Gómez de la Serna escribe que «su musa se llama *todavía*»<sup>60</sup>. Sabemos que el tiempo transcurre desde el pasado hacia el futuro, pero, en la poesía machadiana, fluye muchas veces de manera contraria hacia el ayer que fue y que sigue siendo, ya que, para él, recordar es vivir intensamente o, mejor, no dejar de vivir.

Cada poema corrobora, pues, que la poesía es tiempo<sup>61</sup>, está hecha de tiempo, dialoga con el tiempo, y el tiempo del poeta, su vibración íntima, es la poesía, son las palabras elegidas cuidadosamente con sencillez, con austeridad, tratadas con transparencia, pero tan hondas como sus etimologías, otra forma de su defensa de la verdad<sup>62</sup>. Dice en el «Proyecto de un discurso de ingreso en la Academia de la Lengua»: «... la palabra escrita me fatiga cuando no me recuerda la espontaneidad de la palabra hablada»<sup>63</sup>. En Machado,

---

<sup>56</sup> *Juan de Mairena*, Tomo II, ed. cit., p. 63.

<sup>57</sup> «CLXI, Proverbios y cantares», «LXXIX», *Poesías*, ed. cit., p. 224.

<sup>58</sup> *Ibidem*, «LII», p. 220.

<sup>59</sup> «IV. Sonetos», *Nuevas canciones*, *Poesías*, ed. cit., p. 247.

<sup>60</sup> *Retratos contemporáneos escogidos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1968, p. 370.

<sup>61</sup> Machado considera que «vivir es devorar tiempo: esperar...» (*Juan de Mairena*, Tomo I, ed. cit., p. 36).

<sup>62</sup> Escribe con acierto Ricardo Gullón: «De la palabra depende el poema y a ella se subordina lo demás; de nada valen grandes ideas, sublimes pensamientos, si falta la posibilidad de comunicarlos adecuadamente» (*Las secretas galerías de Antonio Machado*, Madrid, Taurus Ediciones, 1958, p. 15).

<sup>63</sup> *Prosas completas*, II, ed. cit., p. 1779.



cada vocablo, savia del poema —«este atar constante mi vida a mi vida»<sup>64</sup>, dirá Juan Ramón Jiménez— lo trasciende y hasta lo recrea, ya que sobre la literatura está lo humano y, sobre todo, lo divino<sup>65</sup>. Soñar e imaginar es el oficio duro, triste y noble del poeta<sup>66</sup>.

Desde el punto de vista gramatical, a pesar de que no valora tanto los sustantivos<sup>67</sup>, usa moderadamente los adjetivos y no abusa de los adverbios, porque su atención está puesta en el verbo<sup>68</sup>, debe tenerse muy en cuenta la repetición de adverbios como *ayer* (*ad heri* > *adjere* ‘hacia ayer’, ‘el día inmediatamente anterior al presente’)<sup>69</sup>, *hoy* (*hoc die* > *hodie* ‘este día’), *mañana* (acortamiento de *maneana hora* ‘hora temprana’)<sup>70</sup> y *todavía* (*tota via* ‘todo el camino’, ‘a través de todo’)<sup>71</sup>, que sostienen el contenido de su mensaje y van esculpiendo el tiempo: «Hoy dista mucho de ayer. / ¡Ayer es Nunca jamás!»<sup>72</sup>. A pesar de ese «nunca jamás», el recuerdo del *ayer* prima en el hoy de sus poemas, y, mientras vive, el tiempo es *todavía*, el presente del pasado que hace posible la memoria: «¡Oh Tiempo, oh Todavía / preñado de inminencias! / Tú me acompañas en la senda fría, tejedor de esperanzas e impacencias»<sup>73</sup>. Ese pasado no solo existe en la memoria del poeta, «sino que sigue actuando y viviendo»<sup>74</sup> fuera de él. Como la de San Agustín, su alma arde no por saber qué es el tiempo, sino por recuperarlo. El presente, la suma de instantes de cada hoy, irremediamente fugaz e inasible, es también su pasado, su continuo empezar a ser en el ayer. En las etimologías de los adverbios expuestos, hallamos la síntesis de su poesía: *hacia ayer, en este día, a hora temprana, todo el camino*. El mañana, que no sabe cuándo llega, se relaciona también con la expectación y con la muerte.

---

<sup>64</sup> *Ideología [1897-1957]*. (*Metamorfosis*, IV), Barcelona, Anthropos, 1990, p. 257.

<sup>65</sup> Véase la «Carta a Guiomar [VII]», *Prosas completas II*, ed. cit., p. 1694.

<sup>66</sup> Véase la «Carta a Guiomar [XVI]», *Ibidem*, ed. cit., p. 1716.

<sup>67</sup> Su gran amigo Juan Ramón Jiménez (1881-1958) escribe que «el sustantivo es la virtud, el adjetivo el vicio. [...] El sustantivo es la verdad propia, el amor completo. El adjetivo es lo otro, los otros, otro todo, todo, todo» (*Ideología [1897-1957]*, ed. cit., p. 283).

<sup>68</sup> Escribe Machado: «El adjetivo y el nombre, / remansos del agua limpia, / son accidentes del verbo / en la gramática lírica / del Hoy que será Mañana, / del Ayer que es Todavía» (*De mi cartera*, «VII», Poesías, ed. cit., p. 246).

<sup>69</sup> El adverbio *ayer* indica ‘la dirección hacia el día anterior, un punto temporal en el pasado inmediato’. En Machado, no es, en realidad, el día anterior, sino otros ayeres.

<sup>70</sup> El adverbio *mañana*, ‘el día que seguirá al de hoy’, también alude al futuro, es decir, a otros días que vendrán.

<sup>71</sup> En Machado, el adverbio *todavía* implica perduración en el tiempo de sus sentimientos. Obsérvese cómo la etimología de este adverbio se enlaza con su visión del camino.

<sup>72</sup> «LVII. Consejos, I», *Humorismos, fantasías, apuntes*, Poesías, ed. cit., p. 62.

<sup>73</sup> «CLXIX. Últimas lamentaciones de Abel Martín (Cancionero apócrifo)», *Obra poética*, Buenos Aires, Pleamar, 1944, p. 305.

<sup>74</sup> Véase «Carta a Guiomar [VIII], Madrid», *Prosas completas II*, ed. cit., p. 1696.

Mediante su diálogo elegíaco, entre el hombre que fue y el que sigue siendo —«El tono lo da la lengua, / ni más alto ni más bajo; / solo acompáñate de ella»<sup>75</sup>—, trata de crear el poema fuera del tiempo físico, en ese otro tiempo, que solo se siente y se atesora en el alma<sup>76</sup>, para que se perpetúe, a su vez, en sus versos: «... lo natural en el hombre es estar siempre en compañía más o menos íntima de sí mismo...»<sup>77</sup>: «Converso con el hombre que siempre va conmigo / —quien habla solo espera hablar a Dios un día—; / mi soliloquio es plática con este buen amigo / que me enseñó el secreto de la filantropía»<sup>78</sup>; «Mas busca en tu espejo al otro, / al otro que va contigo»<sup>79</sup>. Miguel de Unamuno —«el gigante ibérico», como lo llama Machado— hablaría de monodílogo o de autodílogo, que es el diálogo consigo mismo<sup>80</sup>, en una constante agonía o «lucha contra la vida misma»<sup>81</sup>. Y, con el hombre en su tiempo y en su no tiempo, se enlaza la muerte, tema ínsito en su «inalienable intimidad [...], que se vive más que se piensa»<sup>82</sup>: «La muerte —dice Machado— va con nosotros, nos acompaña en vida; ella es, por de pronto, cosa de nuestro cuerpo. Y no está mal que la imaginemos como nuestra propia *notomía*<sup>83</sup> o esqueleto que llevamos dentro, siempre que comprendamos el valor simbólico de esta representación»<sup>84</sup>. Coincide su pensamiento con el del filósofo estoico y emperador romano Marco Aurelio Antonino (121-180): «Solo eres un alma que lleva un cadáver a cuestas». La muerte es, en realidad, lo pensado por excelencia y el tema más frecuente en la vida del ser humano, que tiene el hábito de pensarla.

El hombre, el latir del tiempo, la muerte y, finalmente, el campo, el espacio esencial en el que el poeta se busca a sí mismo<sup>85</sup> y huye de sí mismo por cien caminos, por mil senderos, ya que «el caminante es suma del camino»<sup>86</sup>; el lugar que le da la posibilidad de soñar su sueño, de meditar, de convocar su ayer, siempre el ayer, es decir, de vivir con

<sup>75</sup> «LXXVI», *Nuevas canciones (1917-1930)*, Poesías, ed. cit., p. 224.

<sup>76</sup> Machado entiende por *alma* «aquella cálida zona de nuestra psique que constituye nuestra intimidad, el húmedo rincón de nuestros sueños humanos, demasiado humanos, donde cada hombre cree encontrarse a sí mismo al margen de la vida cósmica y universal» («Proyecto de un discurso de ingreso en la Academia de la Lengua», *Prosas completas* II, ed. cit., p. 1791).

<sup>77</sup> *Juan de Mairena*, Tomo I, ed. cit., p. 90.

<sup>78</sup> «XCVII. Retrato», *Campos de Castilla* (1907-1917), ed. cit., p. 87.

<sup>79</sup> «CLXI, Proverbios y cantares», «IV», *Nuevas canciones (1917-1930)*, Poesías, ed. cit., p. 213.

<sup>80</sup> Véase el «Prólogo a la edición española» de *La agonía del cristianismo*, ed. cit., p. 822.

<sup>81</sup> Miguel DE UNAMUNO, «Introducción», *ibidem*, p. 829. En *Juan de Mairena* (Tomo I), el poeta sevillano escribe: «La vida es lucha, antes que diálogo amoroso. Y hay que vivir» (ed. cit., p. 32).

<sup>82</sup> *Juan de Mairena*, Tomo I, ed. cit., p. 107.

<sup>83</sup> Esta palabra está hoy en desuso.

<sup>84</sup> *Juan de Mairena*, Tomo I, ed. cit., p. 108.

<sup>85</sup> Escribe Machado: «Importa caminar y buscarse en el camino» («La carta de un poeta», *Prosas completas* II, ed. cit., p. 1637).

<sup>86</sup> «Esto soñé», *CLXIV, Glosando a Ronsard y Otras Rimas*, Poesías, ed. cit., p. 231.

sus «historias viejas de melancolía»<sup>87</sup>, con «los despojos del recuerdo»<sup>88</sup> que reconfortan su soledad, su sequedad, su sola compañía: «En estos campos de la tierra mía, / y extranjero en los campos de mi tierra [...] / en estos campos de mi Andalucía / ¡oh tierra en que nací! cantar quisiera. / Tengo recuerdos de mi infancia, tengo / imágenes de luz y de palmeras...»<sup>89</sup>; «campanarios con cigüeñas», «calles sin mujeres», «plazas desiertas», «naranjos encendidos», «el limonero de ramas polvorientas», «aroma de nardos y claveles», «un fuerte olor de albahaca y hierbabuena» con «arreboles de una tarde inmensa». Allí, en el campo —son sus palabras—, «intuye ritmos que no se acuerdan con el fluir de su propia sangre, y que son, en general, más lentos. Es la calma, la poca prisa del campo, donde domina el elemento planetario»<sup>90</sup>, de gran enseñanza para el poeta. Además, el campo lo obliga a sentir las distancias —no a medirlas— y a buscarles una expresión temporal...»<sup>91</sup>. Y agrega: «Es en la soledad campesina donde el hombre deja de vivir entre espejos»<sup>92</sup>, deja de vagar en un laberinto de espejos, para aceptar la realidad naturalmente. Sin duda, Machado, con inclinación filosófica, convierte esos espejos en un símbolo: el del *taedium vitae* de las ciudades; la duplicación de la realidad, pero invertida, su representación aparente; la perplejidad; la vanidad; el encierro; la desnudez de los sueños; el otro yo. El hombre de cada día, ¿se sirve del hombre como espejo?, ¿busca siempre en su espejo al otro que va con él?; ¿hay otro en él? Entonces, escribe: «Huye de la ciudad... Pobres maldades, / misérrimas virtudes y quehaceres / de chulos aburridos, y ruindades / de ociosos mercaderes. [...]. Huye de la ciudad. ¡El tedio urbano! /—¡carne triste y espíritu villano!—»<sup>93</sup>. Tal vez, por eso, en el campo, donde «hace camino al andar»<sup>94</sup>, encuentra la fuente de su poesía, «un sueño de lirio en lontananza»<sup>95</sup>, pues, según afirma, «el poeta cree siempre en lo que ve, cualesquiera que sean los ojos con que mire»<sup>96</sup>. *Ver* y *mirar*, dos verbos que parecen sinónimos y no lo son. *Ver* es ‘percibir con los ojos mediante la acción de la luz’, pero, en su obra, significa mucho más: reflexionar intensamente sobre la vida y comprenderla. *Mirar* —etimológicamente

---

<sup>87</sup> «VI», *Soledades (1899-1907)*, Poesías, ed. cit., p. 23.

<sup>88</sup> «CXXV», *Campos de Castilla (1907-1917)*, ed. cit., p. 140.

<sup>89</sup> «CXXV», *ibidem*, p. 139.

<sup>90</sup> El adjetivo *planetario* deriva de *planeta*, voz que proviene del latín y denota ‘errante, vagabundo’. El campo propicia su condición de caminante.

<sup>91</sup> *Juan de Mairena*, Tomo I, ed. cit., p. 124.

<sup>92</sup> *Ibidem*, p. 125.

<sup>93</sup> «CVI. Un loco», *Campos de Castilla (1907-1917)*, ed. cit., p. 100.

<sup>94</sup> «XXIX», *ibidem*, p. 165.

<sup>95</sup> «CVI. Un loco», ed. cit., p. 100.

<sup>96</sup> *Juan de Mairena*, Tomo I, ed. cit., p. 139.

‘admirarse’, ‘sorprenderse’, ‘maravillarse’<sup>97</sup>— implica, en el poeta, una búsqueda, un dirigir la vista hacia algo que ha despertado su atención, un deseo de *contemplar* — etimológicamente *cum* ‘con, compañía’ (la de sí mismo) y *templum* ‘lugar sagrado desde el que puede verse el cielo’ (el campo)— para revelar y construir en ese recogimiento su propio cosmos: «... el poeta admira y calla»<sup>98</sup>; «¡Ojos que a la luz se abrieron / un día para, después, / ciegos tornar a la tierra, / hartos de mirar sin ver!»<sup>99</sup>.

Su objetivo poético es *mirar* a través del *ver*; ese *ver* conlleva el saber<sup>100</sup>, el tocar con los ojos para poder *mirar* y trascender lo superficial. En el *mirar*, habita su sentimiento<sup>101</sup> y, con él, descubre el más allá de las cosas, lo que solo puede percibir un poeta para que su obra se haga alma: «No, mi corazón no duerme. / Está despierto, despierto. / Ni duerme ni sueña, mira, / los claros ojos abiertos, / señas lejanas y escucha / a orillas del gran silencio»<sup>102</sup>. Desde nuestro punto de vista, el *mirar*, esencial para trazar el camino, que es metáfora de la vida, significa, para Machado, la fuente de su poetizar, ya que escribe lo que admira desde sus adentros a través del *ver*: «En la desesperanza y en la melancolía / de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreva. / Tierra de alma, toda, hacia la tierra mía, / por los floridos valles, mi corazón te lleva»<sup>103</sup>; «¡Campo de Baeza, / soñaré contigo / cuando no te vea!»<sup>104</sup>. *Ver* también para *mirar* con el corazón el *ayer* y el *todavía*, y despertar día a día y advertir, según los versos machadianos —como lo cantaba Jorge Manrique en sus *Coplas a la muerte del maestro de Santiago don Rodrigo Manrique, su padre*—, que «la vida baja como un ancho río» que fluye «hacia la mar ignota»<sup>105</sup>, que «donde acaba el pobre río la inmensa mar nos espera»<sup>106</sup>, es decir, el morir: «Y piensa:

<sup>97</sup> Encontramos en el *Quijote* el valor de esta etimología: «... los más principales del ejército, por verle, admirados con la admiración acostumbrada en que caían todos aquellos que la vez primera le miraban» (Segunda parte, «Capítulo XXVII», Edición del Cuarto Centenario, Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española, Madrid, Santillana Ediciones Generales, 2004, p. 763).

<sup>98</sup> «CXXXVI. Proverbios y cantares», «XXVI», *Campos de Castilla (1907-1917)*, ed. cit., p. 164.

<sup>99</sup> *Ibidem*, «XII», *Campos de Castilla (1907-1917)*, ed. cit., p. 162.

<sup>100</sup> En la Antigüedad, se consideraba que se sabía algo porque se había visto.

<sup>101</sup> Escribe Machado: «Yo procuro calcar la línea de mi sentimiento y no me asusto de que salga en el papel una figureja extraña y deforme, *porque eso soy yo*» («Carta a Juan Ramón Jiménez (1903-1904)», *Prosas completas* II, ed. cit., p. 1464).

<sup>102</sup> «LX», *Humorismos, fantasías, apuntes*, Poesías, ed. cit., p. 64.

<sup>103</sup> «CXVI. Recuerdos», *Campos de Castilla (1907-1917)*, ed. cit., p. 134. Según el poeta, Soria «es pura y nada más»; «maestra de castellanía», es «una ciudad para poetas, porque allí la lengua de Castilla, la lengua imperial de todas las Españas, parece tener su propio y más limpio manantial. [...] Soria es una escuela admirable de humanismo, de democracia y de dignidad» (*Prosas completas* II, ed. cit., pp. 1800-1801). Escribe Machado acerca de los campos de Soria: «Adiós, ya con vosotros / quedó la flor más dulce de la tierra. / Ya no puedo cantaros, / no os canta ya mi corazón, os reza...» («S. XXVIII», «Adiós, campos de Soria», *Poesías completas* I, ed. cit., p. 774).

<sup>104</sup> «CLIV». «Apuntes, IV», *Nuevas canciones (1917-1930)*, ed. cit., p. 197.

<sup>105</sup> «CLXV. Sonetos», «III», *ibidem*, p. 247.

<sup>106</sup> «XIII», *Soledades (1899-1907)*, Poesías, ed. cit., p. 29.

“Es esta vida una ilusión marina / de un pescador que un día ya no puede pescar”. / El soñador ha visto que el mar se le ilumina, / y sueña que es la muerte una ilusión del mar»<sup>107</sup>. Por eso, afirma: «Entre los poetas míos / tiene Manrique un altar»<sup>108</sup>. Juan Ramón Jiménez da una espléndida definición de poeta, en la que se retrata: «Quiero mirar las cosas, pero veo a través de ellas»<sup>109</sup>. Ver para poder mirar, que significa —como dijimos— poetizar, embellecer desde el espíritu, sublimar.

En su poesía, el agua sombría es su alma. Los ríos son el Duero y el Guadalquivir<sup>110</sup>, sobre todo, el primero porque conlleva el recuerdo de Leonor<sup>111</sup>, mientras «corre, terso y mudo, mansamente»<sup>112</sup>. Uno representa el paisaje soriano —«En la memoria mía / tu recuerdo a traición ha florecido...»<sup>113</sup>—, y el otro, el de su Andalucía, que es su «Sevilla infantil ¡tan sevillana! / ¡cuál muerde el tiempo tu memoria en vano!»<sup>114</sup>. La alusión al «mar» simboliza también su desazón ante lo trascendente: «... así voy yo, borracho melancólico, / guitarrista lunático, poeta, / y pobre hombre en sueños, / siempre buscando a Dios entre la niebla»<sup>115</sup>.

En la poesía machadiana, confluyen el *ver* y el *mirar*. Por eso, le dice a Miguel de Unamuno en una carta: «... hay que soñar despierto»<sup>116</sup>. Para ello, no es suficiente sentir, ya que los poemas que crea son metáforas del poeta total, y, en este, puede haber otros que fueron y que aún están en él. Entonces, se descubre a sí mismo, siempre traspasado de tiempo: «... era luz mi alma, / que hoy es bruma toda»<sup>117</sup>; «Tan pobre me estoy quedando, / que ya ni siquiera estoy / conmigo, ni sé si voy / conmigo a solas viajando»<sup>118</sup>; «Hoy es siempre todavía»<sup>119</sup>; «¡Y algo nuestro de ayer, que todavía / vemos vagar por estas calles viejas!»<sup>120</sup>. Como dijimos, el adverbio *todavía* (del latín, *tota via*), que repite

---

<sup>107</sup> «Parábolas, II», *Campos de Castilla (1907-1917)*, Poesías, ed. cit., p. 172.

<sup>108</sup> «LVIII. Glosa», *Humorismos, fantasías, apuntes*, Poesías, ed. cit., p. 63.

<sup>109</sup> *Ideología (1897-1957)*, ed. cit., p. 283.

<sup>110</sup> Fugazmente, aparece el río Tajo.

<sup>111</sup> Escribe Machado: «Mi corazón está donde ha nacido / no a la vida, al amor, cerca del Duero...» (*Los sueños dialogados*, Poesías, ed. cit., p. 243).

<sup>112</sup> «IX. Orillas del Duero», *Soledades (1899-1907)*, ed. cit., p. 26.

<sup>113</sup> «II», *Sonetos*, Poesías, ed. cit., p. 256. En una carta a Miguel de Unamuno reconoce «la superioridad espiritual de las tierras pobres del alto Duero» (Baeza, después de mayo de 1913, *Prosas completas*, II, ed. cit., p. 1533).

<sup>114</sup> «VI», *Sonetos*, Poesías, ed. cit., p. 258.

<sup>115</sup> «LXXVII», *Soledades, Galerías*, Poesías, ed. cit., p. 74. En una «Carta a Guiomar [XXI]», escribe: «Los poetas con minúscula [...] necesitamos de los ojos para creer en Dios...» (*Prosas completas* II, ed. cit., p. 1730).

<sup>116</sup> «Carta a Miguel de Unamuno, mayo de 1904», *Prosas completas* II, ed. cit., p. 1474.

<sup>117</sup> Antonio MACHADO, «LXV», *Galerías*, Poesías, ed. cit., p. 68.

<sup>118</sup> «CXXVII. Otro viaje», *Campos de Castilla (1907-1917)*, Poesías, ed. cit., p. 143.

<sup>119</sup> «CLXI. Proverbios y cantares», VIII, *Nuevas canciones (1917-1930)*, ed. cit., p. 214.

<sup>120</sup> «III», *Soledades (1899-1907)*, ed. cit., p. 19.

varias veces en sus versos, denota etimológicamente ‘todo el camino’; a este se aferra para que persista su sueño infantil y luminoso, ya lejano<sup>121</sup>, en el ahora que se acerca al fin con nostalgia de ausencias.

Lo poético es, pues, «ver más allá», o sea, «mirar» lo que continuamente pasa delante de sus ojos para decir mucho más, lo que atraviesa y trasciende la realidad que los demás creen conocer. Pero ese «ver más allá», que nace de la admiración y del asombro, debe estar sostenido por la reflexión y por las preguntas. De ahí que el poeta se deslumbre ante lo inmenso que significa pensar —«Para pensar es preciso evitar dos escollos: lo visto y lo soñado»<sup>122</sup>—, y que la nada suela ser causa de su arrobamiento y de su extrañeza, pues reconoce que, fuera del tiempo, su vida es nada. En la obra *Juan de Mairena*, cuenta una anécdota de su infancia:

Era yo muy niño y caminaba con mi madre, llevando una caña dulce en la mano. Fue en Sevilla y en ya remotos días de Navidad. No lejos de mí caminaba otra madre con otro niño, portador a su vez de otra caña dulce. Yo estaba muy seguro de que la mía era la mayor. ¡Oh, tan seguro! No obstante, pregunté a mi madre —porque los niños buscan confirmación aún de sus propias evidencias—: «La mía es mayor, ¿verdad?». «No, hijo —me contestó mi madre—. ¿Dónde tienes los ojos?». He aquí lo que yo he seguido preguntándome toda mi vida<sup>123</sup>.

Siempre se encontrará en la obra de Machado la pugna entre la realidad misteriosa e inexplicable que duele y la compleja sencillez de la imaginación que reconforta con nostalgia. No es la misma lucha que hace sentenciar al delirante don Quijote «yo imagino que todo lo que digo es así»<sup>124</sup>, clave de la gran obra cervantina. Por supuesto, Machado, que, mientras vive, ve y mira, no es don Quijote. Su imaginación se refugia en las secretas galerías de su alma, «los caminos de los sueños, / y la tarde tranquila / donde van a morir...»<sup>125</sup>: «El alma del poeta / se orienta hacia el misterio. / Solo el poeta puede / mirar lo que está lejos / dentro del alma, en turbio / y mago sol envuelto»<sup>126</sup>. En otra carta que le escribe a Miguel de Unamuno, Machado afirma que «la belleza no está en el misterio, sino en el deseo de penetrarlo»<sup>127</sup>. La palabra *misterio* (del griego *mysterion* [μυστήριον]) implica en el poeta sevillano lo que desea revelar o, por lo menos, interpretar. «Penetrar el misterio» significa llegar hasta su fondo para descifrar ese más

---

<sup>121</sup> Escribe Machado cuando piensa en su padre: «... en el recuerdo, soy también el niño que tú llevabas en la mano» (*Los complementarios [1912-1926]*, Prosas completas II, ed. cit., p. 1183).

<sup>122</sup> *Los complementarios [1912-1926]*, Prosas completas II, ed. cit., p. 1164.

<sup>123</sup> *Juan de Mairena*, Tomo II, ed. cit., p. 37.

<sup>124</sup> Miguel de CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*, Primera parte, «Capítulo XXV», ed. cit., p. 244.

<sup>125</sup> Antonio MACHADO, «LXX», *Galerías*, Poesías, ed. cit., p. 71.

<sup>126</sup> «Introducción», *ibidem*, p. 65.

<sup>127</sup> Esta carta está fechada en mayo de 1904. *Prosas completas II*, ed. cit., p. 1474.

allá que solo un poeta puede descubrir con los ojos puestos en las «hondas bóvedas del alma»<sup>128</sup>. Añora la juventud nunca vivida y contrasta continuamente su ayer feliz de «corazón sonoro» con su hoy de hombre desencantado, de alma en pena, siempre evocando los sueños y envolviendo la realidad con estos: «¡Ah, volver a nacer y andar camino, / ya recobrada la perdida senda!»<sup>129</sup>. La interjección es altamente significativa, pues actúa como pórtico de lo que llamaba Unamuno el desvivirse, es decir, el volver a vivir, pero al revés, «en retornar a la infancia, a la dulce infancia, en sentir en los labios el gusto celestial de la leche materna y en volver a entrar en el abrigado y tranquilo claustro materno para dormir en ensueño prenatal por los siglos de los siglos, [...]». Y esto [...] es también una forma de agonía»<sup>130</sup>. Escribe Machado: «Ya soy más viejo que eras tú, padre mío, cuando me besabas. / Pero en el recuerdo, soy también el niño que tu llevabas de la mano»<sup>131</sup>.

Cuando en 1913 escribe en Baeza una breve autobiografía, dice:

Tengo un gran amor a España y una idea de España completamente negativa. Todo lo español me encanta y me indigna al mismo tiempo. Mi vida está hecha más de resignación que de rebeldía; pero de cuando en cuando siento impulsos batalladores que coinciden con optimismos momentáneos de los cuales me arrepiento y sonrojo a poco indefectiblemente. Soy más autoinspectivo que observador y comprendo la injusticia de señalar en el vecino lo que noto en mí mismo. Mi pensamiento está generalmente ocupado por lo que llama Kant conflictos de las ideas trascendentales y busco en la poesía un alivio a esta ingrata faena. En el fondo soy creyente en una realidad espiritual opuesta al mundo sensible<sup>132</sup>.

Considera Dámaso Alonso que la poesía de Machado era «una lección de estética: contra lo relumbrante, lo apagado, la música disminuida; el color tenue, o solo con las manchas necesarias para dar aquí o allá un realce; y contra lo suntuoso, lo pequeño, lo modesto; y nada exótico o pintoresco, lo próximo y lo diario estaba lleno de posibilidades y podía ser elevado también a alto plano estético. Y era una lección de hombría, de austeridad, de honestidad sin disfraces ni relumbrones, ni exuberancias orquestales. Y era, en fin, una lección de sentimiento»<sup>133</sup>. Sin duda, ¡una lección de estética, de ética y de sentimiento!

---

<sup>128</sup> «XXXVII», *Del camino*, Poesías, ed. cit., p. 43.

<sup>129</sup> «LXXXVII, Renacimiento», *Galerías*, Poesías, ed. cit., p. 79.

<sup>130</sup> «Capítulo I», *La agonía del cristianismo*, ed. cit., p. 834.

<sup>131</sup> «S. XXXVIII», «Mi padre», *Poesías completas* I, ed. cit., p. 784.

<sup>132</sup> Francisco VEGA DÍAZ, «A propósito de unos documentos autobiográficos inéditos de Antonio Machado», *Papeles de Son Armadans*, Tomo LIV, Núms. CLX, CLXI, CLXII, julio, agosto, septiembre de 1969, pp. 49-99, 165-216 y 295-328.

<sup>133</sup> «Fanales de Antonio Machado», *Cuatro poetas españoles (Garcilaso, Góngora, Maragall, Antonio Machado)*, Madrid, Gredos, 1962, pp. 141-142.

Los libros dicen que Antonio Machado murió, pero un poeta nunca muere. Sus versos guardan su inmortalidad; en ellos, está su respiración, su tiempo, su sangre, el temblor apasionado de su alma cuando ha logrado unirse con la belleza y hasta la luz que lo acompaña en el instante de la creación. Cuando pensamos en la obra poética de Machado, recordamos las palabras de Juan Ramón Jiménez sobre la poesía: «... es como un pájaro que nos llega, en instante de arrobamiento, del cielo al corazón. La virtud está en saberla lanzar del corazón al cielo nuevamente»<sup>134</sup>. El poeta de Sevilla cree haber contribuido con su obra «a la poda de ramas superfluas en el árbol de la lírica española, y haber trabajado con sincero amor para futuras y más robustas primaveras»<sup>135</sup>.

Finalmente, podría decirse que la obra machadiana, «prolongación del ser y del existir del hombre, del hombre colosal que era»<sup>136</sup>, siempre penetrada de espiritualidad, es confidencia, diálogo con la soledad tan buscada, elegía, monodílogo emocionado de un poeta sobre las palabras y el tiempo<sup>137</sup>. Por eso, para Gerardo Diego, el poeta sevillano «hablaba en verso y vivía en poesía».

Unimos la celebración del sesquicentenario del nacimiento de Antonio Machado con la del centenario de la publicación en francés de *La agonía del cristianismo*, de Miguel de Unamuno —en español, en 1931—, y con la del centenario de la publicación de *Alcándara. Imágenes*, de nuestro Francisco Luis Bernárdez, el 2 de junio de 1925. En este libro, aparece un poema que Bernárdez titula «Antonio Machado», y dice así: «Contra el camino de la eternidad / el ataúd de pino de tu verso. // Y en la caja de pino, tu palabra / ya categorizada en esqueleto. // Delante, todo el viento de Castilla. / Tú detrás, en silencio, // crucificadas las manos en la espalda / para ocultar una actitud de rezo»<sup>138</sup>.

Alicia María Zorrilla

---

<sup>134</sup> *Ideología (1897-1957)*, ed. cit., p. 128.

<sup>135</sup> «Prólogo a *Páginas escogidas*», *Prosas completas* II, ed. cit., p. 1592.

<sup>136</sup> Pascual PLA Y BELTRÁN, «Mi entrevista con Antonio Machado», *Prosas completas* II, ed. cit., p. 2207.

<sup>137</sup> Escribe Luis Mario Lozzia: «Es verdad que, como Unamuno, insufló un hálito metafísico a su poesía, pero Machado no era un filósofo que escribía versos, sino un poeta cuyo lirismo concedía una función adjetiva al registro filosófico» («La salud de la inteligencia. A 50 años de la muerte de Antonio Machado», *La Nación*, Buenos Aires, 23 de abril de 1989).

<sup>138</sup> Buenos Aires, Editorial Proa, 1925, pp. 43-44. Este poema se publicó por primera vez en *Martín Fierro. Periódico quincenal de arte y crítica libre*, Segunda época, Año II, Núms. 14 y 15, Buenos Aires, 24 de enero de 1925, p. 5.